

LINEAS DE UNA HISTORIOGRAFIA ITALIANA SOBRE ESPAÑA (*)

La REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, con la publicación del presente trabajo, rinde un póstumo homenaje al profesor Lorenzo Giusso, cuya pluma ya había dado pruebas de su talento y de su profunda comprensión de las cosas hispanas en sus páginas. Pero la palabra homenaje tiene un doble empleo en este caso, pues no cabe concebir un acto más rendido y elegante de pleitesía intelectual ante la misión que España cumplió, a lo largo de los siglos, en la tierra que vió nacer al escritor napolitano.

Ser napolitano para Giusso era encontrarse casi a mitad de camino entre los dos países latinos. Frente a la incomprensión de España por parte de los escritores de la Italia del Norte, señala Giusso la simpatía y aun el entusiasmo con que los meridionales veían la empresa que España representaba y realizaba. Las gentes de la Italia del Sur trabaron con los españoles —escribe Giusso— una afianzada amistad, que llegaba a una total ósmosis de costumbres, aficiones e intimidad anímica. El mismo Giusso era una prueba contundente en su juicio.

El pensamiento teórico de Giusso se cifra en dos libros, *Filosofía e imagine cosmica* y *L'anima e il cosmo*, en los que el autor se propone demostrar el desarrollo histórico de la metafísica en relación con las perspectivas dominantes del pensamiento científico. Sus obras principales de carácter histórico giran alrededor de la filosofía vitalista alemana; los libros sobre Dilthey, Spengler, Nietzsche y el historicismo alemán forman una tetralogía homogénea. Después de la guerra, el afán de conciliar el vitalismo historicista con el anhelo metafísico le llevó al estudio de la filosofía italiana. A su conjunto ha dedicado el tomo re-

(*) El texto de este trabajo ha sido revisado por MANUEL CARDENAL IRACHETA.

ciente, La tradición hermética en la filosofía italiana, después de haber publicado Leopardi y su ideología, Ciencia y Filosofía en Giordano Bruno, Vico y la filosofía del barroco y una biografía de Gioberti.

Lorenzo Giusso, aunque fué encargado de cursos filosóficos en las Universidades de Cagliari, Bari, Nápoles y Bolonia, no es un escritor profesoral, para especialistas. Su pluma, fácil y elegante, con un vasto movimiento pendular, muy italiano, entre el entusiasmo retórico y la ironía, frecuentó asiduamente periódicos y revistas. En ellos fué portavoz constante del pensamiento español contemporáneo. El conocimiento que de D'Ors y Ortega se tiene en Italia debe mucho a la pluma de Giusso. Últimamente había recogido sus escritos sobre temas españoles en un su libro, España y Antiespaña. La muerte truncó hace unos meses, justamente en España, una vida todavía pletórica de posibilidades y entusiasmos intelectuales.

L. D. C.

CASTIGLIONE

El Cortesano es el libro del amanecer. Del amanecer de la conquista de los españoles en Italia, anterior a todas las desavenencias, a todo roce entre vencedores y vencidos. Es un libro altamente caballeresco, exento de toda envidia. Es un libro en que se vislumbra con anticipación de siglos lo que Nietzsche va a llamar «los valores superiores». Es un libro empapado por un maravilloso *pathos de las distancias*, sellado por un refinamiento aristocrático sin igual. Libro verdaderamente único, donde hechos y personas están enjuiciados desde el punto de vista que a Goethe se le antojaba como lo único esencial. Desde el punto de vista de su condición provechosa en el balance de la civilización. Castiglione no tiene miedo; ni le atemoriza superioridad alguna, ni le molesta prestigio alguno, con descuido de toda afición nacional. Su mirada está fijada en la educación de un tipo humano de altísimo temple y de elegancia exquisita. Su condición es radicalmente cosmopolita. A pesar de su intranquilidad territorial, Italia porfía en considerarse como una entidad intangible. Está confiada en su esplendorosa situación de escuela mundial de cortesanía y de academia artística. Ante su sabiduría y su refinamiento tendrán forzosamente que inclinarse el brío militar y las codicias descomedidas de las naciones que lograron derrotarla. *El Cortesano* está encaminado a enseñar a los atrevidos conquistadores el arte de doblegarse ante la

soberanía femenina de la mujer cortesana. La soberanía moral de la mujer y su exquisita superioridad ante el varón cubierto de acero —ese tema tan familiarizado por el neoplatonismo— se derrama en todo el libro.

El sentir de Castiglione hacia los españoles es extremadamente amistoso, hasta rayar en la parcialidad. Estamos en el alba del señorío castellano en Italia y su mejor cordura y finura descuellan frente a la arrogancia y el orgullo francés. En ese gran *jury* de la cortesanía refinada, los caballeros castellanos aventajan rotundamente a la rudeza gala. «*Parlando generalmente —escribe Castiglione— a me par che con gli Italiani più si confaccian nei costumi Spagnuoli, che i Francesi; perché quella gravità riposta peculiare dei Spagnuoli, mi par molto più conveniente a noi altri, che la pronta vivacità, la qual ne la nazione francese quasi in ogni movimento si conosce; il che in essi non desdice, anzi ha grazia, perché è loro così naturale, e propria, che non si vede in loro affettazione alcuna.*» Desatinada y ridícula se le antoja la desaliñada imitación de la moda gala en los señores italianos «*che non fanno altro che crollar la testa parlando, e far riverenze in traverso di mala grazia, e quando passeggian per la terra, camminar tanto forte, che i staffieri non possono loro tener dietro...*» Pare ancor che ai Spagnuoli sia assai proprio il motteggiare, y, efectivamente las gracias y chistes más bizarros relatados en *El Cortegiano* brotan de labios españoles. Castiglione se empeña a la vez en limpiarles de la mancha de sobrada soberbia. «*Non voglio già negar che non si trovino molti spagnuoli presuntuosi —dice Micer Federico— (De Montefeltro). Dico ben, che quelli che sono assai estimati, per il più sono per me estimatissimi.*» El sosiego, igual que los trajes negros españoles, se le antojan como un rasgo aristocrático: él quisiera que en fiestas y regocijos «*mostrassino quel riposo che molto serva la nazione spagnuola, perche le cose estrinseche spesso fan testimonio delle intrinseche*». Gravedad, sosiego, nobleza callada y recatada, en su sentir son el mejor adorno de un gran caballero en armas.

De vez en cuando, Castiglione se nos antoja partidario de esos imperios femeninos de que, a finales del siglo XIX, se prendó el gran historiador suizo Bachofen. ¿Hay espectáculo más hechizador que el del gran guerrero, ufano de su bravura, que se arrodilla ante la Hermosura aureolada por los rayos de la Divinidad? Esa sumisión ante la soberanía de la Mujer encumbrada hasta la deidad, brilla en *El Cortesano* como la categoría de la elegancia

suprema. No debe olvidarse que *El Cortegiano* está todo empapado de entusiasmo neoplatónico. Y de abolengo neoplatónico es el feminismo que se derrama en *El Cortegiano*, con sus largas enumeraciones de mujeres que aventajan a los varones en cordura y en real prudencia y discreción, como Blanca e Isabel de Castilla. La grosera codicia sexual de robos y atropellos carnales está rechazada en pro de una exquisita alternativa de ansias, de tiernos suspiros, de blandas melancolías intolerables para hombres flacos, propias sólo de varones que se han endurecido en el uso de la adarga y del broquel. La mujer se levanta hasta la altura de un misterio cósmico. Arrodillado ante la hermosura de la mujer cortesana, retiene el caballero en sí mismo toda brutalidad, la embravecida lozanía inseparable de las armas. Quizá tiene el caballero que apagar el ruidoso estruendo de sus espuelas. La mujer encumbrada en el trono y el varón guerrero doblegado ante su cetro, atemorizado y tembloroso a pesar de su superior gallardía. En el marco de esa platónica encumbración de la mujer — acaso de la mujer cortesana — cobra su auténtico sentido la arrebatada apoteosis de la Reina Isabel de Castilla y de su «divino arte gubernamental». A Castiglione, la toma de Granada se le antoja como la última hazaña de la caballería medieval. Y el magnífico brío de los caballos españoles empujados a la mayor osadía por la presencia halagadora de la Reina, rodeada de sus damas, le arranca un arrebatado entusiasmo. Y ¿no está acaso moldeado sobre el ejemplar español su paradigma ideal del joven caballero de armas, a quien encomienda él «un estilo que tenga algo de grave y taciturno, y un ademán sosegado, empapado de honrada fiereza?» (1).

MAQUIAVELO

Maquiavelo recorrió, con motivo de los asuntos de la república de Florencia, Francia y Alemania. Nunca se volvió hacia España. Su actuación política fué truncada por el triunfo de los Médici, quienes regresaron a Florencia, amparados por los tercios españoles, en el año 1512. Sus éxitos personales están estrechamente vinculados al régimen republicano y nunca pudo el

(1) Cf. *El Cortegiano*. Libro II. *El Cortesano* fué pronto vertido al castellano por Boscán. Lo ha reeditado el C. S. I. C.

secretario florentino granjearse de nuevo el favor de la poderosísima familia. La libertad republicana de Florencia iba unida en su pensamiento con la grandeza de Francia. Con el derrumbamiento de la fortuna francesa se apretaba cada día más el cerco de su forzada ociosidad: al haberse erigido los españoles en partidarios y aliados de la Iglesia bajo el pontificado de Julio II y de León X, se habían, a la vez, declarado en contra de la libertad republicana de Florencia, que Julio II, arrastrado por el Cardenal de Médici, había decidido aplastar. Los españoles no tuvieron en Florencia partidarios ni amigos fuera de la nobleza, personalmente adicta a los Médici. ¿Cómo iba, pues, a tener afición Maquiavelo, diplomático fracasado, a la causa española, que había destrozado sus ambiciones? Nos dice el propio Cervantes, registrando una opinión muy difundida, que sólo en Luca los españoles (en Toscana) eran bienquistos por lo común. Así, pues, en el sentir de Maquiavelo se van a juntar la ruina de Florencia con la ruina de Italia y con el triunfo de los que le borraron de la política activa. Ahora bien, en su opinión, los españoles descuellan más por su finura y discreción recatada que por su bélico brío, y le merece aplauso la reflexiva astucia y sabia prevención con que logran aventajar a los franceses. La asombrosa habilidad de Fernando el Católico le admira como un constante milagro.

A pesar de su escasa simpatía hacia los españoles, no se niega todavía Maquiavelo a ensalzar el superior magisterio político del Católico Fernando. No habla él, como Castiglione, de un «divino arte de gobernar propio de la Reina Católica y compartido por su esposo». Pero el retrato bosquejado por él en *El Príncipe* podría, con no muchos retoques, ser suscrito por los más entusiastas partidarios del Rey Católico en el Siglo de Oro. «Este príncipe puede acaso ser calificado de príncipe nuevo, al haber llegado desde la condición de príncipe débil a la reputación y gloria de primer rey de la Cristiandad; y al analizar sus hazañas, las encontraremos todas grandísimas, y alguna de ellas extraordinaria. Al empezar su reinado sitió a Granada, y esta conquista le aprovechó para fundamentar su estado. Logró con tal empresa ocupar los ánimos de la nobleza castellana: de modo que, absorbidos en la guerra, no pensarán en novedades; y adquirió así, con tales medios, reputación e imperio sobre ellos, sin dejar que ellos se enteraran... Sin detenerse en lo de Granada, con afán de mayores hazañas, se inclinó, siempre confesando la religión, a una piadosa crueldad, desterran-

do y borrando los judíos de su reino... Acometió, bajo el mismo pretexto, Africa; determinó la jornada de Italia, y, por fin, acometió a Francia; y siempre trazó grandes empresas con que siempre logró tener suspensos los espíritus de sus súbditos, y tenerles siempre ocupados con sus hazañas. Y sus actuaciones manaron la una de la otra, de modo que nunca pudieron sus súbditos descansar y sublevarse» (2). Este retrato carece de toda la majestad jerárquica con que los panegiristas españoles han sobrecargado la figura de Fernando, pero nos pinta con rasgos expresivos la honda y sagaz cordura del rey católico y el éxito militar y político que sus intrincadas y sutiles mañas diplomáticas acabadamente consiguieron. Es un retrato «ejemplar» de la recatada discreción política.

En tanto que político florentino, Maquiavelo abraza una innata simpatía hacia los franceses. Marchó a Francia durante unos meses; le gustó aquel país abundante y florido, le admiraron, aunque republicano, los Parlamentos de Francia. A pesar de todo, el rey francés, Carlos VIII, había acatado la independencia y los fueros de la República. Todavía no alistado en ningún partido, no figuraba Maquiavelo en el bando francés ni en el bando imperial, lo que le permitía mantener cierta imparcial distancia ante los hombres y los pueblos. En conjunto, los franceses le parecen aventajar a los españoles en brío militar y desenfadada gallardía. Más que gallardos y esforzados, los españoles se le antojan cuerdos y discretos. «Los franceses —escribe él en *Ritrati delle cose di Francia*— son más bravos por su temple natural que recios y diestros. Y los que logran resistir en primer ímpetu a su feroz acometividad, los encuentran tan humildes y envilecidos, que les parecen cobardes mujeres. Igualmente están poco inclinados a sufrir las incomodidades, trastornos y molestias; y con el pasar del tiempo se descuidan de sus cosas, de manera que es tarea muy fácil la de sorprenderles en desorden y derrotarles. Ya se averiguó el hecho en el Reino de Nápoles unas cuantas veces, y en tiempos muy cercanos, cerca del Garigliano, donde aventajaban los franceses a los españoles en los hombres, y se creía que iban a destrozarlos de un momento a otro, al empezar el invierno y comenzar las grandes lluvias, se esparcieron por las tierras cercanas en busca de una vida más regalada, y, entre tanto, sus campamentos se encontraron des-

(2) Cf. *Il Principe*. Cap. XXI.

guarnecidos y faltos de orden, hasta que la campaña se declaró en favor de los españoles, contra toda presunción. Así, pues, los que quieran derrotar a los franceses, tienen que arrostrar su primer ímpetu, porque, con detenerles de acuerdo con lo que tenemos dicho, les batirán. César, pues, tenía razón al decir que los franceses (los galos), después de haber aguantado su primer empuje en la batalla, más que hombres acaban volviéndose peor que las mujeres. La naturaleza de los franceses es codiciosa de los bienes ajenos, pero es pródiga a la vez de lo ajeno y de lo suyo. Por lo tanto, robaría el francés hasta el aliento, para tragárselo, y después gozar junto al que ha saqueado. El español tiene naturaleza en todo contraria, después de robado, nunca devuelve nada» (3).

Así, en esos renglones, Maquiavelo ha planteado el tema de la «codicia», que tanto ha estorbado al poderío español en Italia. En esas pocas líneas se vislumbra la tradicional amistad hacia Francia de la República de Florencia; fechada desde la época de Carlos de Valois y del duque de Atenas. Los acontecimientos del año 1512, en que los Médici, amparados por los españoles al mismo tiempo que por sus partidarios del interior, lograron apoderarse otra vez de Florencia, no fueron adecuados para fortalecer el trato amistoso hacia España. Se vislumbra, pues, a menudo en *El Príncipe* una nostalgia disimulada de la hegemonía francesa, que se aviene muy mal con su patriotismo italiano. «Me dijo en Nantes el Cardenal de Rohán que los italianos no servían para la guerra; le contesté yo que los franceses no servían para el arte del Estado, pues, si fueran más discretos, no habrían admitido el engrandecimiento de la Iglesia. Y la experiencia nos prueba que el engrandecimiento de la Iglesia y de España ha sido provocado por Francia» (4), es decir, por las faltas políticas del Rey Luis XII, quien pactó con Fernando el reparto del Reino de Nápoles. Y muchos pasajes de los libros de Maquiavelo nos enseñan esa misma interpretación de los hechos de aquel tiempo.

Sin embargo, esa fría y «científica» valoración de Fernando en las facetas, para él todas mundanales y codiciosas, de su actuación política, no está exenta de amargura. Su corazón está situado en el bando contrario. Es una admiración carente de toda simpatía, arrancada por un tecnicismo de superior tamaño. La esquiva y sospe-

(3) Cf. *L'arte della guerra*.

(4) Cf. *Il Principe*.

chosa naturaleza de los florentinos, la idea algo exaltada de sus fueros republicanos, un exagerado «patriotismo de campanile», no logran desprenderse de su pensamiento, sin embargo, tan agudo y perspicaz en la valoración de la «realtà effettuale».

Maquiavelo se ha adelantado, pues, a todos los historiadores italianos en notar en los españoles su grandísima codicia. En comparación con los españoles, avarientos, encubiertos, más inclinados a la discreción que al valor, se le antojan más simpáticos esos franceses descuidados e irreflexivos. Esta opinión de los franceses quedará clavada hasta los tiempos más recientes. Tiene razón Gracián al decir, en su *Criticón* que, a pesar de sus malos tratos, robos y atropellos, los franceses han gozado en Italia de una opinión más lisonjera de lo que corresponde a su actuación invasora (5). Asimismo siguió, hasta en sus últimos tiempos, disfrutando Napoleón en Italia, a pesar de robos, despojos, desafueros de toda clase, la reputación de «libertador» que le mereció a la pluma de Hugo Foscolo. La parsimonia, la *parvificentia* española, su jactancia, junto a la pobreza y a la mezquindad de sus ciudades, a la falta de magnificencia de sus palacios y villas, a lo primitivo de su artesanía, despertaron en la brillante civilización italiana una inextinguible animadversión, junto a un rencoroso sentido de superioridad que no se borraron nunca. Hay también que observar cómo en la poesía y en la tragedia española no faltan huellas de un orgulloso empaque militar frente los vencidos, que se manifiesta, sin disfrazarse, en los sonetos del «divino Herrera» o en *La Numancia*, de Cervantes.

GUICCIARDINI

En el umbral de la *Storia d'Italia* tropezamos con una visión, magnífica y halagüeña a la vez, de lo florido y de lo apacible de la situación de Italia a finales del siglo xv. «Nunca —escribe él— había gozado Italia tan grande prosperidad, ni mayor comodidad y regalado descanso como en el año 1490. Gozaba entonces Italia de incondicional paz y sosiego, cultivada por igual en sus regiones montuosas que en sus llanos, sin estar sujeta a otro poderío que el de sus mismos habitantes, no sólo rebosaba de población, ha-

(5) GRACIÁN: *El Criticón*.

cienda y mercancías, sino que se encontraba esclarecida a la vez por la liberalidad de muchos príncipes, por el resplandor de muchas hermosas y nobles ciudades, por la Silla y Majestad de la religión» (6). Esta imagen tan lisonjera queda clavada en todo Guicciardini. No se le encubre al sagaz diplomático que a esta Italia tan regalada y acomodada, algo le faltó, con faltarle, claro está, el brío militar y el amparo de numerosas y esforzadas milicias. Con faltarle esos tercios y combativos escuadrones que no ahorraban bajas en jornadas como las de Cerignola o de Ravena y que formaban bajo las banderas de Francia o de España. En su *Storia de Firenze* (7) nos pinta Guicciardini el pánico que se apoderó de los pequeños estados italianos ante la sangrienta y despilfarradora técnica bélica de los ejércitos ultramontanos. Se hundieron y entregaron a gran confusión los italianos, acostumbrados a pelear con escasos escuadrones, carentes de bizarras infanterías, ante la carnicería tremenda en que perecieron miles y miles de franceses y españoles. Además, no puede desprenderse Guicciardini del receloso enojo que sobrecoge a los diplomáticos y estadistas florentinos ante la asombrosa fortuna de las armas y diplomacia españolas. Toda su técnica política había sido derribada por el superior magisterio de Fernando.

Claro está que no se le encubre a Guicciardini el magisterio político de Fernando —de quien escribe en su *Storia d'Italia*— «que era de virtud y discreción excelentísimas y en quien, si hubiera sido más firme en sus compromisos, nada habría que reprochar». «Se alió a la rara virtud de este rey una felicidad rarísima y perpetua, hasta acabar sólo con su vida (a pesar del fallecimiento de su único hijo de sexo varonil); y lo de marcharse de Castilla al fallecer su esposa, tanto fué juego político como golpe de fortuna; en todas estas hazañas todo le salió felizmente. Siendo segundogénito del rey de Aragón, al morir su hermano mayor, se encumbró en el trono: llegó, por sus bodas con Isabel, a reinar en Castilla, reconquistó el Reino de Granada, poseído desde hacía ochocientos años por los enemigos de nuestra fe; añadió a su imperio el Reino de Nápoles, el de Navarra, Orán y muchas plazas valiosas de la costa de Africa. Logró siempre vencer, y a veces aplastar, a sus enemigos, y supo disfrazar casi todas sus codicias con el

(6) *Storia d'Italia*. Libro I, cap. 1.

(7) *Storia di Firenze*, Bari Laterza.

honesto afán de la religión y de santos cuidados del bien común» (8). Descuella, a la vez, esta maestría en otro lugar de los *Ricordi politici e civili*, donde la magistral discreción de Fernando está pintada con unos rasgos inolvidables. «Estando de embajador en España, caí yo en la cuenta de que el rey católico, príncipe poderoso y discretísimo, al plantear alguna nueva hazaña o tomar acuerdos de gran trascendencia, actuaba de suerte que, antes de que manifestara su intención, la corte y el pueblo ya la apetecían y se exclamaba: «Tendría el rey que hacerlo». De modo que, al revelarse su acuerdo en el momento en que ya todo el mundo lo anhelaba y aguardaba, la mayor satisfacción y agrado se difundía entre los súbditos y en los reinos suyos» (9). Este retrato se aviene acaso con las alabanzas y con la hipostatización del político de gran clase identificado en Fernando. Fernando, como encarnación del político acabado en que se empeñan Saavedra Fajardo igual que Gracián. Como que en ellos, tropezamos en Castiglione con la dignificación de Fernando, encumbrado a paradigma inalcanzable del político. Debería, pues, Guicciardini no vacilar en esa actitud en la *Storia* de Italia. Pero Guicciardini es un político florentino, vecino de una ciudad que no tuvo arrebatos de entusiasmo por España, sino largos tratos comerciales con Francia.

Guicciardini no hace alarde de filosofía de la historia, ni se le pueden atribuir pasiones ideológicas que nunca tuvo. No sueña con la independencia total de Italia, ni con la resurrección de las virtudes romanas. Su prosa, sobre todo en la *Storia* de Italia, carece de toda vibración profética, de todo afán regenerador. No siente él, como Maquiavelo, estremecimientos y arrebatos ante Savonarola, ni se le ocurre encumbrar hasta la apoteosis la figura y las hazañas de César Borgia. No tiene arrebatos de mística romana ni ademanes despectivos ante la decadencia de la virtud italiana. Es un espíritu apacible y desilusionado; su realismo raya en la frialdad desinteresada. No sin motivo, el gran historiador De Sanctis (10) le caracteriza por su inquebrantable impassibilidad. No tiene sobrada afición a los Médici, y todavía solicita de ellos —de Clemente VII, sobre todo— cargos y destinos: le disgustan las costumbres de los clérigos, y todavía sigue confesándose buen cató-

(8) *Storia d'Italia*. Libro XII.

(9) *Ricordi Politici e Civili*.

(10) Cf. DE SANCTIS: *Saggi critici*, ed. Morano Napoli.

lico. Su *Storia* carece cabalmente de todo dramatismo. Por eso, a pesar de las muchas alabanzas, ese libro nunca llegó a ser popular. El hombre Guicciardini es un conformista y su prosa refleja esa conformidad. No se asoma al futuro, ni se retrae hacia el pretérito. Claro está, habría escogido más bien el partido francés que el partido español, por el hecho de haberse alistado Florencia con Francia y haber sido amparada por ella. El relato de la conquista del Reino de Nápoles por los españoles está moldeado, pues, por la sospecha y el recelo hacia la política de los Reyes Católicos, censurados por su solapada hipocresía y su codicia de engrandecimiento inconfesable a costa de su propio pariente, Federico de Aragón, entonces rey de Nápoles: «Todo el mundo —escribe— (11) se extrañó ante la falta de hidalgüa e integridad de Fernando, al ver que *«conspira en contra de un rey de su misma sangre, alentado por la codicia de apoderarse de una porción del reino, y que, para poder con más sosiego derribarle, le otorgara ofrecimientos de ayuda, oscureciendo el resplandor del nombre de rey católico* (título que a él, junto con la reina Isabel, le había otorgado el Pontífice hacía pocos años) y que hubiera oscurecido la gloria con que se había encumbrado hasta las estrellas su nombradía, por haber, con arreglo a su propio interés al mismo tiempo que por religiosos celos, echado a los moros, fuera del Reino de Granada». Asimismo, considera Guicciardini que es sobrada falsedad la torcida actitud de los reyes frente al rey de Francia al acabarse la jornada de Nápoles, en el año 1504, y hace sobresalir el trato caballeroso del archiduque Felipe, cuando se trasladó a Francia para tratar las paces entre las dos naciones. Condena Guicciardini por desleal el trato de los reyes al no querer conformarse a los acuerdos tomados en su nombre por el archiduque y no acatarlos: «Se quejó el rey Luis XII al archiduque (con ocasión de no haber sido ratificadas las paces por Fernando), pero el archiduque, que no tenía la culpa de nada, solicitó a todo trance de sus suegros que remediaran el caso, lamentándose amargamente de que las cosas hubieran pasado con tanta mengua de su reputación en el mundo.» Los reyes, antes de la victoria (de Cerignola) habían aplazado el envío de la ratificación de la paz, ya por no encontrarse los dos en el mismo sitio, como les era preciso, teniendo los dos que ordenar juntos la expedición, ya por estar absorbidos por otros negocios. Los reyes, claro está, no estaban satisfechos con

(11) Cf. *Storia d'Italia*. Libro V, ed. Laterza, Bari.

esa paz, bien por haber su yerno desacatado o torcido su intención, bien porque después de la salida del archiduque desde España, alentaron mayor confianza en el éxito de la guerra. Enterados, pues, de la victoria de los suyos, acordaron desentenderse de los arreglos que tenían concertados, dilatando el declarar al archiduque su ánimo. Mas, apremiados por él, determinaron enviar a Blois unos nuevos embajadores, quienes propusieron unos nuevos arreglos para la paz. Pero el rey Luis XII, en pública audiencia contestó: «...que consideraba no sólo extraño, sino detestable y bochornoso, que unos reyes que alardeaban de haber adquirido el título de católicos, se desentendieran de su honra, de la fe jurada; tampoco respetaron la religión, ni respaldaron la palabra del archiduque, un príncipe de tanta grandeza, nobleza y cordura, y su hijo y heredero suyo». Tal nota de falsedad se añade a otras notas de codicia, de deslealtad, de solapada hipocresía, de intolerable explotación de las provincias conquistadas. Largas tradiciones de amistad con Francia, la falta de tratos comerciales con España, la fiereza oligárquica de los próceres florentinos, alientan en Guicciardini un sentido poco imparcial de la causa española, del brío militar de sus capitanes.

TRAIANO BOCCALINI

En los últimos años del reinado de Felipe II y en los de Felipe III la armonía de España con Italia, que aplaudía Castiglione, se hacía cada vez más imposible. Los alborotos y motines con que el «caballo desenfrenado» manifestaba su hostilidad hacia las pesadas cargas y tributos y los repetidos intentos de establecer en Nápoles el Tribunal de la Inquisición —desde la sublevación de 1547, bajo el virreinato de D. Pedro de Toledo, a las que menudearon en tiempos de Felipe II, a la de fray Tomaso Campanella en 1598, y otras de menor alcance— atestiguan acrecentadas desavenencias y desconfianzas originadas por la desatinada conducta de los virreyes igual que por la de las masas. La hostilidad recíproca estriba en las muchas dolencias, quejas y adversos juicios contra la alevosía y deslealtad italiana de que rebosan las novelas picarescas igual que la literatura política española. Guzmán de Alfarache se encuentra saqueado por una germanía de ladrones, mandada

por Alejandro Benttivoglio, hijo de uno de los caballeros principales de Bolonia y arbitrariamente preso por haberle formado pleito. Marcos de Obregon tropieza, igual que Guzmán, en muy pesados trances, por querer defender la religión católica contra las blasfemias de unos encarnizados herejes, quienes intentan acometerle y matarle en una hostería de Turín. «Venecia —escribe Quevedo en su *Lince de Italia y Zahorí de España*—, es el chisme del mundo y azogue de los príncipes. Es un Estado el más propenso a diversiones que hay. Es Venecia más dañosa a los amigos que a los enemigos. Su dominio ha crecido con los descuidos del Imperio» (12). Y relatando los desafueros de Venecia en contra de los Uscoques, entonces súbditos del Imperio austríaco, no se recata de calificar a los venecianos de traidores y alevosos mercaderes. «Estos, señor, no son soldados, sino mercaderes. Téngales Vuestra Alteza en la tienda y no en el escuadrón. Si venden, y no si pelean» (13). Sin embargo, el mismo Quevedo va a explicarnos muy acertadamente el motivo de las crecientes desavenencias entre italianos del sur y españoles, al declarar tan paladinamente los rumbos desdichados de la administración en tiempos de Felipe III: «Los gobernadores iban a las provincias a traer y no a gobernar, y los reinos servían a una codicia duplicada, pues el despojo había de ser bastante a tener y a dar. Por este camino vinieron los reinos de Su Majestad a enflaquecerse, a debilitarse (poco digo) y a tener la vida dudosa, poco menos miserable que la muerte». Y el propio Quevedo, en sus *Obras políticas* nos pinta los desaciertos y desengaños que la codicia de los visorreyes cosechaba en Italia, las pependencias que sostuvo la ciudad de Nápoles, amparada por D. Pedro Girón —el duque de Osuna—, frente a las acrecentadas pretensiones económicas del Gobierno de Madrid. El progresivo malestar en los tratos entre italianos y españoles descuella también en *Los grandes anales de quince días* y en las apologías escritas por Quevedo de la gestión de D. Pedro Girón. La tirantez iba a mudarse en rebeldía bajo el virreinato del Duque de Arcos.

En esta atmósfera, cargada de tan funestos nubarrones, se escriben las *Filípicas* de Tassoni y los *Ragguagli di Parnaso*, obra que a pesar de no haber sido impresa por Boccalini mientras vivía,

(12) Cf. QUEVEDO: *Obras completas*, ed. Aguilar.

(13) Cf. QUEVEDO: *Obras completas*, ed. Aguilar.

circuló, sin embargo, en hojas manuscritas o como *pamphlet* anónimo, despertando la indignada y altiva protesta de Lope de Vega :

Señores españoles, ¿qué le hicisteis
al Bocalino o Boca del Infierno?
¿Qué con espada y militar gobierno
tanta ocasión de murmurar le disteis?
El alba con que siempre amanecisteis
quiere volver en sempiterno invierno...

Feos epítetos en contra de Bocalini se encuentran en el *Criticón*, de Gracián. La propaganda política en época de la Contrarreforma adquiere acaso un trascendental alcance, y no es arbitraria conjetura pensar que esta propaganda, emponzoñada de odio hacia los españoles, pudo tener influencia decisiva sobre el ánimo de un Papa tan adicto a las letras humanas como lo fué el Pontífice Urbano VIII.

Traiano Bocalini es, pues, el más encarnizado y sañudo enemigo del poderío español en Italia. Al morar el gobernador de Pontelagoscuro en las fronteras del Estado pontificio, al tener tratos con los oficiales de Venecia, más o menos alistada con Francia, forma él ya en la conspiración universal que va a estallar muy pronto en guerra de Treinta años. Tuvo él, a la vez, correspondencia directa con el rey de Francia, Enrique IV, quien acertó a adivinar la extraordinaria condición polémica del autor de los *Ragguagli*. *Ragguagli* se nos antoja como la crítica de más grande alcance polémico, a la vez que más refinada y sutil de la «razón de Estado» española. Maquiavelo, Giovio, Guicciardini, no logran levantarse como él hasta una visión de conjunto. Guicciardini nunca se habría atrevido a quejarse de que las huestes de los Reyes Católicos hubieran logrado apoderarse de Granada. Nunca se habría atrevido el cuerdo y prudente historiador a achacar a la política española y a su insaciable codicia territorial los extravíos de la Reforma luterana. Nadie se habría atrevido a negar el prestigio tan grande, ante los ojos de los dos florentinos, del Rey Católico, cuyos éxitos asombrosos se les antojan, a Maquiavelo y a Guicciardini, como el trasunto compendioso de toda «razón de Estado».

Bocalini, bajo el disfraz mitológico de los *Ragguagli*, arremete con todo. Toda la gestión mundial de los españoles se le antoja sellada por una codicia irracional, a la vez que insaciable, por una

ambición desenfrenada, por una locura megalómana, encubierta bajo el venerable manto de la religión.

El sentido propagandístico de Boccalini nos parece incuestionable. Boccalini arremete contra los españoles con un verdadero *Pamphlet*. Estamos en tiempos de las conspiración de Bedmar, estamos en vísperas de las lastimosas «Locuras de Europa», de que va a quejarse Saavedra Fajardo. En vísperas de la gran coalición mundial que se va trabajando en contra de España a cuenta de Francia, Holanda, Venecia, los Turcos. Aun siendo un escritor católico y a la vez súbdito pontificio, Boccalini espera emponzoñar y lograr enturbiar la confianza y desatar los estrechos vínculos que unían a Madrid con la Silla Pontificia. Nunca se había atrevido hasta entonces un escritor italiano a censurar a España la unidad peninsular. Nadie se había atrevido hasta entonces a culpar a España de los desatinos de la Reforma, hasta tachar de solapada hipocresía y de insaciable codicia a los Reyes Católicos, de llamar a la rebeldía «al generoso caballo napolitano», hasta sembrar el menosprecio frente a una Monarquía vacía de hombres y agotada de recursos. La osadía de Traiano huele a propaganda y a conspiración.

La indignación española —de que nos quedan huellas en Quevedo, a la vez que el soneto de Lope de Vega— no fué, pues, inmotivada. La siembra de Boccalini fructificó acaso en el reinado de Urbano VIII, Pontífice tan poco adicto a la Casa de Austria. En su *Eloge de la reine Christine de Suède (Mémoires et réflexions sur Christine, reine de Suède)* d'Alembert nos muestra en el Pontífice Urbano un discípulo muy fervoroso de las doctrinas de Boccalini. «*Le pape Urbain VIII, qui joignait à tout le zèle d'un souverain Pontifice pour sa religion une haine encore plus grande pour l'empereur Ferdinand, assuroit que les Espagnoles de Charles V avaient fait plus mal à l'Eglise romaine, que les suédois de Gustave Adolphe n'en avoient fait à l'Allemagne.*» Y la tesis de una resuelta hostilidad del Papa frente a España y al Imperio ha sido también defendida por Gregorovius (14).

(14) Cf. D'ALEMBERT: *Mélanges de littérature et d'Histoire*.

TASSONI

Las *Filípicas*, de Tassoni (1564-1637), que se editaron hacia 1615, son más que Historia un *pamphlet*. Nos extraña, en Tassoni, el sonido tan exento de reverencial acatamiento hacia un poderío tan ilustre y formidable como el de la Monarquía española. La literatura violenta y acometedora de los folletos y *pamphlets* repartidos por la Reforma han desbordado los Alpes y esa literatura descuella por su grosería y sañuda acometividad. El ímpetu colérico de Lutero ha encontrado también en la culta y exquisita Italia imitadores y secuaces. Por entonces, la prensa ya ha alcanzado un poderío formidable, y acaso vender la pluma es un negocio más provechoso que vender la espada. Pero la furia de Tassoni, alentada por el soborno de Carlos Emanuel I de Saboya, se desencadena descomedida y venenosa, saltando por encima de todos los recatos y acatamientos que hasta entonces se acostumbraba observar. Porfía Tassoni en pintarnos España como «un obstáculo de sí misma», como esa inmensa nave de Areta que su propia inmensidad detenía en la inmovilidad; como un desierto despoblado y sin recursos de hombres ni de medios, como un monstruo agonizante y todavía palpitante por inagotable e insaciable codicia. Tassoni no alcanza siquiera la habilidad y los refinados matices polémicos de Boccalini. Su invectiva, emponzoñada por el odio y el interés más descarado, no logra ni siquiera persuadir al lector. «Humildes en extremo en sus fracasos, orgullosos en sus éxitos, no reinan en Italia gracias a su valor, sino porque hemos perdido nosotros el arte del mando; y logran mandarnos, no por nuestra cobardía o pereza, sino porque estamos discordes y divididos. Subvencionan a la nobleza italiana con el fin de humillarla y envilecerla; señalan salario a los forasteros para enredar con mañas en otros Estados avarientos y ladrones, si los súbditos son acomodados; arrogantes, si son pobres insaciables, de modo que no les basta ni el Oriente ni el Occidente; cruzan los mares, saquean las islas... Pero, o poco podremos, o hemos de libertarnos de ese yugo, encaramándonos sobre ese monstruo torpe, que nos mata con sus miradas,

(15) Cf. F. GREGOROVIVS: *Die Grabmäler der Päpste*.

perezoso y cobarde. Las armas italianas tendrán que combatir con él, unirse contra él» (16).

Desde la crítica de Boccalini a la de Tassoni media un abismo. Todo en esas invectivas es vulgaridad, grosería demagógica, halago servil de pequeños poderes municipales, llamamiento a rebeldía contra la potestad reverenciada del que Campanella apellidaba el místico Ciro, el brazo del Mesías, el rey de España. En los mismos años en que el grandísimo Campanella levantaba su voz para que los pequeños príncipes italianos acatasen la soberanía de Madrid y abogaba por una fusión más estrecha entre las dos Hesperias, el adalid del municipalismo acomete a España con torpe invectiva: *«Príncipes y caballeros italianos, vuestra imaginación está equivocada. ¿Creéis acaso que España sea una provincia del paraíso terrestre, o el hemisferio de otro mundo más grande y hermoso? España es una provincia repartida en muchos reinos, tres veces lo menos más ancha que Italia; tres veces he dicho, pero no hay por qué asustarse, con ser Moscovia no menos vasta, a pesar de esto nadie la tiene en ninguna estimación. De este jardín del mundo, de este puerto de delicias, salgan esos tercios de vagabundos caballeros, acostumbrados a cebarse de pan de trigo y de cebollas y rábanos y a dormir en el suelo, con zapatos de cordel y gorras de mayores, que se jactan de duques en nuestras ciudades e intentan espantarnos, no por su esforzado brío, sino porque, no habiendo gozado nunca de los regalos de la vida, no vacilan en perderla siendo de tan desharrapada condición: recios y briosos sólo cuando están encerrados en las fortalezas, invencibles frente a los cobardes ante el hierro. Estas son las tremendas fuerzas de España, que necesitan de un reino para abastecer una bandera de infantería»*. La prosa de Tassoni es toda, y sin rodeos, un llamamiento a las armas, una invitación a la insurrección. *«En balde se aguardará la llegada desde España de soldados y capitanes: después de la expulsión de la morisma esos reinos se han quedado vacíos, no sólo de soldados, sino de moradores»* (17). Lo vacío, lo desértico, la desamparada condición de España en vísperas de un catastrófico derrumbamiento, estos son los motivos escogidos, con alevosa perfidia, por la pluma de Tassoni.

(16) Cf. *Filippiche I*.

(17) Cf. *Filippiche I*.

CAMPANELLA

Campanella es el antípoda natural de Boccalini. Su pensamiento no puede abarcar sino planes de inmensa latitud. Todas las pendencias, pleitos, contiendas territoriales de los señores italianos, se le antojan como lamentables niñerías. Su mirada es la de un almirante o la de un descubridor. Su política oceánica mundial rechaza las mezquinas incontinencias y codicias. La gestión de España se le aparece, pues, como una sucesión milagrosa, como una predestinación sobrenatural. La magnitud asombrosa del imperio español enciende su fantasía poderosa, y en la Biblia, a la vez que en la astrología, va él a buscar pruebas de la investidura providencial del «místico Ciro», esto es, del rey de España, que Dios mismo ha escogido para la reunión del género humano, que va a convertirse en grey única, bajo el mismo mayoral. *Quod reminiscetur et convertentur populi universae terrae*. Nunca España tuvo tan exaltado pregonero. Ni Herrera el Divino, ni el mismo Quevedo, España defendían como el pobre preso de Castel Santelmo. El místico poderío del cetro español le levanta hasta el más arrebatado entusiasmo y desde ese púlpito entusiasta se encara con las disidencias italianas. Con sus denuestos y amenazas quiere él reducir, aplastar, asustar a Venecia, asustar al de Saboya, afianzar al Papa Paolo V, en su resuelto apoyo a la gran Monarquía, a la vez que detener las vacilaciones de los pequeños Estados. En su sentido profético, cada éxito y cada fortalecimiento de los españoles tiene que redundar en saludable triunfo para los italianos. Antes que trabar enredos con Francia, tienen los italianos que amparar al Papa y entregarle su gente y sus recursos, a la vez que España no tiene por qué recelar de los italianos; y al revés, tiene que favorecer la colonización italiana hacia América y alentar los desposorios mixtos.

La política de Campanella abarca planes y finalidades universales. Es, quizá, el político menos tolemaico que nunca haya surgido en Italia. Su arrebatado entusiasmo por el sistema astronómico de Galileo que va a derramar en su *Apología pro Galileo* le lleva a una visión ecuménica y le empuja a la utopía, acaso entonces no totalmente utópica, de una universal república cristiana. Quiere acabar con la política municipal, con las encarnizadas riñas diplomáticas y la mezquina razón de Estado de los pequeños prínci-

pes italianos. Pleitos, alevosías, roces entre el Papa y el duque de Ferrara, entre Venecia y el Estado pontificio, torcidas maniobras del duque de Saboya, en su perpetuo afán de engrandecimiento, actitud recelosa de Venecia frente a España, guerras de la Valtelina y conflictos acarreados por la herencia del duque de Mantua, todo ese conjunto de travesuras y de enredos diplomáticos y militares le merecen un ceñudo desdén. Está él prendado de la nueva cosmografía, de la gran navegación, del prodigioso ensanchamiento del mundo ocasionado por Colón, por Magallanes, por los grandes descubrimientos portugueses y españoles. Su profético temple le hace vislumbrar la enorme conflagración que va a asolar Europa con la guerra de los Treinta años. Los *Antiveneti* y *Discorsi ai principi d'Italia...* y más que todo la *Monarchia di Spagna* e la *Monarquia Messias* y el *Quod reminiscentur* que se adelantan unos años al gran incendio europeo, rebosan de llamamientos, de amenazas y de peroraciones en pro de la concordia y de la unión. Hay que acabar con las pendencias y las diferencias miserables por las que Italia se hundió. Hay que acabar con el maquiavelismo lamentable que lo ha emponzoñado y lo ha perdido todo. Su gesticulación profética se adelanta a los hechos, como la de un nuevo Jeremías o Amós.

En tiempos en que escribe el *Quod reminiscentur* —alrededor de 1619— parece que soñaba con los planes de un atrevido imperialismo cristiano. Quiere borrar el Islam del Mediterráneo, aplastar a los príncipes reformados, apagar el incendio de Flandes y resucitar la jornada de Lepanto. En su caliente fantasía ya le ocurre ver una movilización general en la que formarían cuatro mil venecianos, cincuenta mil soldados pontificios, doce mil genoveses, cinco mil de Parma y Plasencia, todos *bello aptissimi*. Su exaltada elocuencia se propone despertar de nuevo el brío militar itálico: «álzate, Italia, y recuerda tu olvidado valor. Maquiavelo con su necromancia te ha quebrantado, ha sembrado la discordia y te hizo sierva de siervos. En el Cáliz de Babilonia has bebido el letargo, ahora: *convertete ad calicem Christi tui*» (18). Campanella convoca a la cruzada. Quiere provocar la federación de los príncipes italianos desunidos. Les exhorta a doblegarse ante el cetro del místico *Ciro*, ante su misión predestinada. Ningún escritor o poeta español —ni el propio Herrera, o Cervantes en la *Numancia*— tuvo tan augusta idea providencial de la monarquía española y

(18) *Quod reminiscentur*. Cedam, Padova.

de su universal misión de rescate y redención. Hasta los estragos y barbaridades de los soldados de Cortés y Pizarro están justificados ante él con arreglo al bien venidero de los indios. «*Ergo magna fuit misericordia Dei Hispanos ad vos mittere*, exclama dirigiéndose a los caciques de Méjico, Perú y Brasil, *et de potestate daemonum transferre in Dei gloriam et regnum*. Ningún mayor repertorio de elogios que el que se encuentra en los *Discorsi a i principi d'Italia, la Monarchia di Spagna, Gli antiveneti, Gli Aforismi politici* y el *Quod reminiscentur*.

EL CARDENAL BENTIVOGLIO

La *Istoria della guerra di Fiandra* pertenece inequívocamente al género, para mí poco interesante, de las narraciones que quieren ser objetivas. No hay en su libro censuras ni recriminaciones. Su historia no se inclina a ninguno de los bandos en lucha, lucha que se refleja en Roma. No quiere amparar a ninguno de los contendientes. Su propósito es exclusivamente literario. Alaba sin halagar, censura sin sañuda acrimonía. Se vislumbra acaso en su historia un discreto y callado patriotismo italiano o quizá una aristocrática solidaridad con el prestigioso caudillo de tantas batallas y lances, con el bizarro y valiente duque de Parma, Alejandro Farnesio. No busca granjearse cargos ni destinos y todo lo enjuicia con honesta y acaso no muy sagaz benevolencia. Nos cuenta cómo al entrar en Flandes el Duque de Alba, «su vigorosa actuación de gobierno asustó a esa provincia de un cabo a otro, de modo que multitud de gente de todos los estados se expatrió. Incluso los no culpados se horrorizaron al ver castigados con tan gran rigor las faltas de los demás y gimieron al ver que Flandes, acostumbrada a gozar de un suave gobierno, tuviera que presenciar espectáculos horrorosos, como el pánico ante el saqueo de los ejércitos, destierros, robos, encarcelamientos, sangre, muertes, incautaciones.» El propio Cardenal añade que con ocasión de tan rigurosos tratos la propaganda en favor de los protestantes alentaba, mostrando como un conjunto de horrores la actuación del Duque y como con espantosas exageraciones intentaba a todo trance incorporar a los príncipes protestantes a su causa. El relato es apacible, como se ve, y no influido por partidismos ideológicos. Del propio Don Juan de Austria nota la

sobrada afición a las mujeres, a la vez que el trato afable con que se granjeaba universal simpatía. El héroe del libro es el Duque de Parma, verdadero protagonista de esta *Historia*. En cuanto a la honda aversión de los flamencos hacia los españoles, observa el Cardenal una actitud neutral en conjunto. Su templada moderación se conforma con la «neutralidad» diplomática de la silla apostólica en tiempos de Urbano VIII. El Papa Barberini, de abolengo florentino, que había sido Nuncio en París, se ilusionó peligrosamente con la posibilidad de sentarse en postura de árbitro entre Francia y España. Su actitud detuvo o estorbó los éxitos militares de la Contrarreforma. Se negó terminantemente a amparar con sus tropas y recursos a los ejércitos de España y del Imperio, incluso cuando los suecos, en 1629, arrancaban provincias al Imperio. Según Gregorovius y Ranke no disimulaba el Pontífice su extremada admiración por Gustavo Adolfo y sólo más tarde, al aliarse descaradamente con Francia y Suecia, se enteró de las solapadas intenciones de Richelieu. Conocidas son sus desavenencias con el Cardenal Borja y con el Embajador en Roma, Castel Rodrigo. La blandura, pues, del Cardenal Bentivoglio al enjuiciar a los holandeses nace de este sentido «neutralista» de la Corte de Roma.

G. B. VICO

La actitud tomada por G. B. Vico ante el Gobierno español no deja de ser ambigua. Pero hay que tener en cuenta que el filósofo, más que con los acontecimientos del día, se encara con la «historia ideal eterna». Por otra parte, en Vico la osadía teórica del gran legislador de la Historia se hace compatible con una pasiva obediencia y recelosa timidez ante los hechos actuales. Vico fué en lo político un cabal conformista. Los filósofos e historiadores de la Italia del Sur —salvo Bruno y Campanella— nunca alentaron veleidades de rebeldía y disconformidad en los siglos del virreinato. La tradición monárquica de estas provincias era firme e inquebrantable, un superior instinto unitario las inclinaba a la sosegada quietud y acatamiento al cetro; hoy mismo, después del derrumbamiento de la monarquía de Saboya, sigue siendo monárquico el Sur de Italia. Con todo, la crisis dinástica planteada a la muerte de Carlos II va a sumir a estos

pueblos en perplejidades y terribles apuros. ¿Con cuál de ambos bandos van a alistarse los sabios jurisconsultos de la Universidad de Nápoles? ¿A cuál va a pertenecer Vico? ¿Va a alistarse con Francia o con el Imperio? El trance es terrible para la apacible condición y trato de nuestro filósofo, tan deseoso de la protección de los grandes y de la nobleza. Pero, hay que elegir. Mas Vico no se entrega a ninguno de los bandos y acaso esto le acarreó el fracaso de sus pretensiones. Pronunciará el sabio profesor de Retórica de la Universidad de Nápoles un pomposo elogio, en latín, de Felipe V, pero al entrar en la ciudad el Ejército victorioso del Conde Daun, no rehusa el homenaje a la facción austríaca triunfante y dicta unas inscripciones funerarias en alabanza póstuma de unos nobles napolitanos ---los jóvenes condes Capece y de Sangro -- que habían conspirado contra Felipe V en 1703. El encumbramiento de Carlos III, que luego le nombrará Cronista del Reino, fué por Vico encarecido y vitoreado, igual que la conspiración tramada por la joven nobleza napolitana en favor de los austríacos. Poseemos un *Elogio de la Condesa de Altham*, en que se vislumbra su actitud ante los problemas de la hora: «La monarquía española, aumentada por herencias y enlaces y por la feliz osadía de Colón, desbordó sus fronteras. Se derramó en Ultramar, Asia y América. Doctos ingenios la alabaron comparándola con Roma en el momento de su mayor esplendor bajo los césares. Tuvo esta monarquía, en virtud de su estructura que se extendía por tantas y tan lejanas provincias, que gobernarse con nuevos modos y por necesidad de sus monarcas, que regían tan vastos territorios desde sus gabinetes de Madrid o El Escorial, tuvo que caer en manos de grandes aristócratas, en las que vinieron a parar los inacabables, inexhaustos tesoros que manaban del Imperio. Al fallecer Carlos II se encontró ese vasto Imperio sin rey, pero al mismo tiempo ya sin fuerzas ni recursos en su hacienda pública. Eran tiempos en que Francia progresaba merced a los éxitos de sus armas, ante una Europa espectadora, indiferente de las conquistas que desde hacía cincuenta años lograba a costa de la derrota de España, nación a la que había arrebatado parte de las provincias que la engrandecían». Se vislumbra en estas líneas, a pesar de la recatada prudencia y recelo del filósofo, tan respetuoso ante toda grandeza, una crítica sagaz y soberanamente perspicaz, que atisba la flaqueza de los tres últimos Austrias ante la pri-

vanza todopoderosa de sus validos. Como después Giannone, Vico se nos muestra persuadido de que la debilidad militar y administrativa de España y la falta de recursos para impedir el reparto del Imperio, deseado por Luis XIV y los holandeses, acreó el cambio dinástico, en oposición a los planes de los Austrias de Viena.

GIANNONE

La *Historia* de Pietro Giannone es acaso la mejor defensa de la actuación de España en Nápoles y la mejor disculpa de las tachas y faltas del gobierno virreinal. No pesaban sobre el autor ni la opinión española ni censura alguna, pues fué editada la *Storia civile* el año 1723, mandando los alemanes en Nápoles. No podía el Gobierno de Viena, considerándose legítimos sucesores de los Austrias de Madrid, tomar medidas revolucionarias frente a los napolitanos. No estaba, pues, obligado el autor a ensalzar o legitimar los métodos de los nuevos gobernantes, pero el ensalzar el gobierno español, particularmente el del último virrey, don Gaspar de Haro, no iba a granjearle pensiones ni beneficios de Viena. En conjunto, el sentido gubernamental de un gran Estado, que poseen los italianos del sur, reacciona en Giannone en apología de los españoles frente a la *Kleinstaaterei* (19), tan obsesiva de los italianos del norte. Latía en el corazón meridional la secreta convicción expresada por Campanella, latía tal vez el augurio de una estrecha cooperación entre Italia y España. El elogio de España nos extraña, ante todo, en un escritor de matiz tan abiertamente anticlerical como Giannone. Los que achacan a España la decadencia del pensamiento filosófico y científico italiano en el siglo XVII —como De Sanctis y Carducci— no se han fijado lo bastante en el balance, en conjunto optimista, que ese extremado anticlerical —a la vez tan vehemente afeador de la tradición dogmática católica en el *Triregno*— hace de los días del virreinato. No se fijan en que todos los vientos de la filosofía nueva —la de Descartes—, movieron las olas del mar napolitano más que las aguas de la laguna

(19) Particularismo de los pequeños estados.

de Venecia o las frondas de las colinas de Florencia. Así ocurrió que en Nápoles brotaron con poderosa originalidad Filosofía, Economía, Política, Ciencia de la Legislación. Los Genovesi, Giannone, Filangieri, Pagano, prosperaron en el clima y el marco de las leyes e instituciones españolas.

La Historia de Nápoles en esas dos centurias —XVI y XVII— se nos antoja un laberinto de contradicciones. Alborotos y revueltas, como las de 1547 contra la instauración del Santo Oficio, o las de 1647, acaudilladas por Masaniello, fueron siempre apaciguados por los virreyes sin gran aparato y despliegue de fuerzas militares. Pese a las atrevidas resistencias, la mayoría reaccionó en sentido favorable a los españoles. Un gran afán unitario, la nostalgia de una Monarquía poderosa, caracterizaron siempre el sentido político de estas provincias. Las agitaciones de Nápoles tuvieron siempre carácter económico y fiscal, sin desbordar nunca en rebeldía política. La obra de Giannone es un amplísimo y fiel relato de la actuación española en el virreinato. Amplísimo y objetivo a la vez, en el que no faltan condolencias y quejas de la población apremiada y, de vez en cuando,alzada contra las demasías fiscales. Los apuros financieros, en que tan frecuentemente se vió España sumida con motivo de las guerras inacabables, llevaron a los virreyes a sacar cantidades enormes del erario del Reino. Impuestos y dádivas forzosas adquirieron un ritmo insoportable. Esa explotación comenzó, según nos cuenta Giannone, en tiempos de Carlos V, cuando Ramón de Cardona convocó las Cortes que ofrecieron al Rey trescientos mil ducados, a cambio de que el Rey confirmara y ratificara todos «los capítulos y privilegios» existentes (20). No pasaron muchos años y ya el virrey Lannoy exigió otra dádiva de cincuenta mil y, poco después, otra más de doscientos mil, ésta con ocasión del nacimiento del Príncipe D. Felipe. Cantidades cada vez mayores cobraron los virreyes en tiempos de Felipe II y Felipe III, con ocasión de las necesidades de la guerra. Sin embargo, alaba Giannone la administración de D. Pedro de Toledo, libertador del Reino de la amenaza berberisca y del propio Barbarroja; ensalza la reforma de los tribunales, que reducen la sobrada arrogancia de los nobles; pondera las grandes fá-

(20) Libro XXXI, cap. II.

bricas, palacios, castillos inexpugnables con que enriqueció la ciudad, sin dejar de aprobar la expulsión de los judíos, tan aprovechados usureros de la nobleza y el pueblo. La violenta rebelión armada con que se levantaron los napolitanos contra la intención de instaurar la Inquisición española fué, no obstante, un gran desatino de tan popular virrey (21).

Pero, en conjunto, a Giannone le merecen las mayores alabanzas la política, en conjunto regalista y de firme defensa de la soberanía civil, con que los virreyes rechazaron las intrusiones e interferencias de la Silla Apostólica, «pues en tiempo de Felipe IV salió carta del rey, con que se mandó no ejecutar en el reino las órdenes de Roma sin aprobación del Virrey» (22).

Con leal satisfacción encarece Giannone los adelantos y buena administración con que ilustraron el Virreinato los condes de Benavente y de Lemos (1603-1610; 1611-1616). A la «magnificencia del Conde de Benavente quedamos deudores de unas anchas y espléndidas calzadas: la que lleva al Poggio Reale, exornada de bellísimos árboles y hermosísimas fuentes, y la que desde Palacio se encamina hacia Santa Lucía, ennoblecida de una estupenda fuente, rodeada de estatuas de exquisita talla». «Nos dejó una cincuentena de pragmáticas, todas sabias y discretas». Perpetuo e ilustre monumento del Conde de Lemos es «la afición que tuvo a las letras, y la gran estimación que le merecieron nuestra universidad y nuestros estudios. Bajo la dirección del caballero Fontana, afamado arquitecto de aquellas fechas, mandó levantar un soberbio edificio fuera de la Puerta de Constantinópolis. A pesar de que la obra no pudo ser terminada, se gastaron en tal empresa ciento cincuenta mil ducados, que se sacaron de todo el Reino, y queriendo manifestar la estimación que la Universidad le merecía, organizó en su honor grandes festejos» (23). El amparo que las letras encontraron en el Conde logró que muchos literatos prosperaran bajo su gobierno y que se reanudara en Nápoles la antigua institución de las academias. Tal vez su lealtad a España es la que le hace enjuiciar fríamente los bríos militares y diplomáticos del Duque de Osuna, en quien

(21) Op. cit., Libro XXXII, cap. III.

(22) Op. cit., Libro XXXII, cap. V.

(23) St. Civ., Libro XXXV, cap. IV.

Giannone censura la conducta personal escandalosa y erótica y sus enredos con damas de la nobleza. Igualmente censura ciertas tenebrosas intrigas encaminadas a trocar «el ministerio en Principado». Lo que el Reino necesita, efectivamente, piensa, es más paz y descanso que glorias militares.

La firmeza de los virreyes en impedir toda intrusión y pretensión excesiva de la Silla Pontificia en lo tocante a la jurisdicción del virreinato le merece a Pietro Giannone una valoración en conjunto muy halagüeña del gobierno español en Nápoles. Fué Pietro Giannone (1676-1748) gran jurisconsulto y abogado, decidido partidario de la potestad civil frente a la soberanía del Pontífice, lo que le acarreó grandes disgustos y persecuciones eclesiásticas, que le condujeron a buscar amparo refugiándose en Viena, bajo la protección del Cardenal de Althan y del Emperador Carlos VI. *La Storia civile del regno di Napoli* al rechazar sin vacilaciones las pretensiones de la Silla Apostólica sobre el Reino, expresa el brote y crecimiento de una conciencia mundana y laica, entonces amparada por los virreyes. El gobierno austriaco en Nápoles (1707-1734) les parece a los napolitanos como una continuación del mismo augusto poderío de los Austrias, que siempre, a pesar de pasajeras disensiones, disfrutó mucha popularidad. No deja de extrañar esta lealtad de los napolitanos en los días en que otras provincias y reinos acusaban el enflaquecimiento del prestigio español. Las mayores alabanzas de Giannone son para el reinado de Carlos II, tan poco estimado por los españoles. El hecho es que el virreinato bajo monarca tan ajeno a empresas bélicas, sin despilfarros militares y guerras «de magnificence» iba apaciguándose y logrando una prosperidad nunca alcanzada bajo los virreyes de Felipe III y Felipe IV, siempre en apuros financieros. De la naturaleza suave y de las buenas leyes de Carlos II nos pinta Giannone halagüeño retrato: «Descolló este rey en la piedad y en la religión, nunca se desbordó en injurias hacia nadie, tuvo extremada aplicación a su oficio, dejando de holgarse por despachar los asuntos de Estado, nunca tomó acuerdos sin escuchar a sus ministros».

Paz y prosperidad se extendieron en el Reino con arreglo a la mansedumbre y apacible temple del Rey. Los últimos días del siglo XVII nos muestran en todo el virreinato un florecimiento inesperado de las artes y las ciencias. Se erigen academias y

colegios, se levantan iglesias y soberbios palacios. Sube el nivel intelectual de la nobleza y del clero, bastante bajo antes. La influencia de los virreyes Medinaceli y Gaspar de Haro hace que la nobleza napolitana, hasta entonces conocida por su demasiado amor a las armas y los caballos, se aficiona al mecenazgo cultural. «Los adelantos que la jurisprudencia y las ciencias lograrán alcanzar bajo el reinado de Carlos II fueron verdaderamente maravillosos. La filosofía, hasta entonces encerrada en los claustros, tomó nuevo resplandor con el estudio de las ciencias de la naturaleza y un sinnúmero de nuevos descubrimientos. La medicina disfruta de los adelantos de la física. Las matemáticas, y sobre todo el álgebra, rayaron en la más alta abstracción con la ayuda de nuevos métodos. Las academias que se organizaron entre nosotros contribuyeron notablemente. En lenguas, elocuencia y erudición se adelantó la literatura en cuanto perfección a las ciencias. Alcanzaron nivel más alto las cátedras de esta Universidad. Había ya en París y Londres academias científicas. A su imitación, el Marqués de Arena fundó una Academia que tituló «Academia de los Investigadores». Su demasiada afición a la jurisprudencia y a las letras le lleva a Giannone a descuidar el gran desarrollo de la pintura y la escultura napolitana, que logró encumbrarse en Maltia Petri, en Luca Giordano, en Francisco Solimena, Micco Spadaro, Paolo Matteis. Con otros, Lucas Giordano alcanzó protección y reconocimiento de sus talentos en Madrid, donde pintó mucho.

En el trance de la disgregación de la gran Monarquía, se acrecentaba en su conjunto el amor y la lealtad de Nápoles a España. Acaso los virreyes que más brillan en la Historia —como Osuna— fueron malquistos en Nápoles por sus bélicas tendencias: su mismo brío y esfuerzo militar acarreaban al virreinato pesadas cargas. Más queridos fueron los virreyes de las épocas de apacible descanso. La popularidad que granjeaban las guerras a la belicosa nobleza napolitana era mirada con enojo por el pueblo, hundido bajo los impuestos y las requisiciones.

Giannone en sus juicios acerca de los virreyes nos viene a decir que nunca faltó lealtad al pueblo de Nápoles frente al poderío y la majestad real. Las rebeldías fueron siempre hijas del hambre y la desnudez. Nunca estos italianos del sur tomaron la postura negativa y francamente revolucionaria de los toscanos

cuando el sitio de Florencia, o la de los venecianos, en su tradicional política de hostilidad a España. Las gentes del Sur habían trabado con los españoles, como lo advierte el mismo Benedetto Croce en su *Historia de la Edad Barroca*, una afianzada amistad, que llegaba a una total osmosis de costumbres y aficiones, a una intimidad anímica a que la muerte de Carlos II vino a dar fin.

(†) LORENZO GIUSSO